

El celta que soñaba con la dignidad de los pueblos

Por Claudia de la Espriella

Los irlandeses no sueñan con la libertad. Los irlandeses son la libertad. Desde siempre y para siempre: su espíritu ha volado sin ninguna atadura a través de una historia donde su cultura se impone sin restricciones para darle vida a una fuerza espiritual que surge de las entrañas de su condición de pueblo independiente.

Es un país donde el poder de la palabra se cuele a través de todos los rincones y es precisamente por eso que el reconocimiento del valor del lenguaje se traduce en la recuperación del gaélico, constituyéndose en la forma más eficaz de modificar su entorno político y de mantener vigente su bien conocida rebeldía.

Son muchos los irlandeses que han desafiado el medio político y cultural de su época y que han procurado establecer unas nuevas maneras de relacionarse con su sociedad. Desde el inicio de su historia han combatido los abusos del poder representado en los abusos de los gobiernos absolutistas como sucede con el imperialismo inglés. Es notorio que los escritores irlandeses han usado la ironía como herramienta de lucha. Podríamos decir que desde el momento en que Jonathan Swift escribe *“Los Viajes de Gulliver”*, debido a que las tensas relaciones entre Irlanda e Inglaterra se complicaban cada día más, ha sido constante que su literatura recurra a la imaginación como instrumento para combatir las arbitrariedades inglesas. La ficción se ha ido consolidando al emplear el lenguaje sarcástico para manifestar la propia interpretación de los desmanes de la monarquía y denuncia todos los excesos cometidos en su país. Dicha actitud representa una manera peculiar de luchar por la libertad y de establecer unos parámetros para recobrar la dignidad de Eire. Tal como lo planteó Vargas Llosa en el discurso pronunciado con ocasión de recibir el Nobel, para ellos es una realidad que: *“(…) la literatura introduce en nuestros espíritus la inconformidad y la rebeldía, que están detrás de todas las hazañas que han contribuido a disminuir la violencia en las relaciones humanas. A disminuir la violencia, no a acabar con ella”*.(1)

Ese sentimiento nacionalista de rescate de su propia historia y de lucha por la construcción de una sociedad democrática se manifiesta a lo largo de los siglos, recordando siempre, a veces con conductas colectivas desmedidas y otras a través de posiciones políticas definidas y claras, la importancia de conseguir la autonomía del gobierno irlandés. La no aceptación, por ejemplo, de la Home Rule promulgada en 1912, indicó a las claras que ellos no querían dádivas graciosas de Inglaterra sino que se sabían maduros para ser los dueños de su propio destino. Su pensamiento ha estado a la vanguardia en todo lo que se refiere al sentido de pertenencia de un país y cualquier tipo de control que quiera ser ejercido externamente no es bienvenido.

Tal como el escritor peruano nos lo relata, cuando Roger Casement nació la situación de su país ya era difícil. Desde su niñez encontró que las confrontaciones ideológicas formaban parte sustancial de la vida irlandesa. Su infancia con discusiones de ese tipo a la hora de tomar los alimentos no era muy diferente de las que se experimentaban en los otros hogares. Basta con recordar las primeras páginas del *“Retrato del Artista Adolescente”*. La familia de clase media de Stephan Dédalus debatía esos temas en la mesa y el pequeño, aunque no entendía bien de que se trataba, comprendía que la vida de su país se movía en torno a lo político y a las discusiones religiosas. Según sabemos, ese mismo ambiente se respiraba en los hogares de Wilde y Yeats, entre otros, quienes también dejaron el testimonio escrito sobre esa realidad cotidiana. Años después el sentimiento de este pueblo quedó consignado en la *“Proclamación de la República de Irlanda”*, en 1916, la realidad es que ellos siempre se han mantenido fieles a sus orígenes: *“Declaramos que el derecho del pueblo irlandés a la posesión de Irlanda, al control sin condiciones de los destinos Irlandeses, es soberano e irrevocable. La larga usurpación de tal derecho por un pueblo y gobierno extranjero, no ha extinguido tal derecho, que no puede ser nunca extinguido sino mediante la destrucción del Pueblo Irlandés. En cada generación el Pueblo Irlandés ha reclamado su derecho a la libertad y a la soberanía nacional: seis veces durante los últimos trescientos años lo ha reclamado por las armas.”*(2) La historia irlandesa del último siglo ha puesto los ojos en esos pensamientos y ha seguido fiel a lo que allí se plantea.

Casement nació en una familia de padre protestante y madre católica, lo que de por sí creaba un clima de confrontación permanente en su hogar. Las diferencias religiosas iban de la mano con las discusiones políticas: el padre partidario de Inglaterra mientras la madre, aunque fuera secretamente, se mantenía fiel a su origen escocés y a sus creencias religiosas. En su primera juventud el protagonista asume como propias las enseñanzas de su progenitor pero paulatinamente va virando hacia una

actitud mucho más crítica y comprometida con su país. Este aspecto se refleja desde el principio de la novela: lo que inicialmente parecería ser una novela de aventuras pronto comienza a transformarse en una denuncia puntual contra aquellos que bajo el pretexto de buscar el progreso se han sentido con el derecho de aniquilar física y moralmente a pueblos enteros. El personaje histórico que alimenta la narración es presentado como un ser humano que se va aproximando a la lucha ideológica por la reivindicación de los débiles y por el fortalecimiento de los Derechos Humanos. Sus inseguridades, sus dudas, los errores políticos cometidos no le restan grandeza a su espíritu sino le dan la dimensión de un ser capaz de entregarse por entero a una causa aún poniendo en riesgo su seguridad personal. El comportamiento psicológico del protagonista no es mostrado como la de un héroe perfecto, sino como un individuo que tenía el coraje de desafiarse a sí mismo a pesar de las posibilidades de cometer equivocaciones pero que sobre todo se comprometía con ser sincero consigo mismo y con los demás.

La novela tiene la virtud de llevar al lector a lo largo de una historia que el autor conoce en profundidad dejando abiertas las puertas para que se escudriñe la realidad de las dominaciones imperialistas en el despertar del siglo XX. Lo primero que surge como reflexión es el absurdo comportamiento de aquellos gobiernos que se llaman a sí mismos progresistas pero que son los encargados de sembrar la mayor desolación posible en sus colonias. Las conductas aberrantes se repiten una y otra vez, a veces abiertamente, otras veladamente pero el resultado será siempre el mismo. Como bien lo pensaba Casement, al referirse a la situación existente entre Inglaterra e Irlanda, solo se muda de escenario, pero se conserva la actitud de arrogancia y de engaño frente al pueblo dominado: *“Los irlandeses somos como los huitotos, los boras, los andoques y los muinanes del Putumayo. Colonizados, explotados y condenados a serlo siempre si seguimos confiando en las leyes, las instituciones y los Gobiernos de Inglaterra, para alcanzar la libertad. Nunca nos la darán. ¿Por qué lo haría el Imperio que nos coloniza si no se siente una presión irresistible que lo obligue a hacerlo?(...) Durante la noche Roger se despertó varias veces, angustiado, pensando en Irlanda. Sentía nostalgia de su país. Había vivido tan poco en él y, sin embargo, se sentía cada vez más solidario con su suerte y sufrimientos. Desde que había podido ver de cerca el vía crucis de otros pueblos colonizados, la situación de Irlanda le dolía como nunca antes. Tenía urgencia de terminar con todo esto, acabar el informe del Putumayo, entregarlo al Foreign Office y volver a Irlanda a trabajar, ahora sin distracción alguna, con esos compatriotas idealistas y entregados a la causa de la emancipación.”* (3) Las situaciones descritas por el escritor peruano van conduciendo la narración hacia una serie de reflexiones alrededor de las formas de

esclavitud modernas y se llega al cuestionamiento del significado real de la “civilización”. Las justificaciones dadas por los esclavistas pasan por toda clase de sofismas, desde los más elaborados hasta los más burdos, creyendo así que el engaño no saldrá jamás a la luz pública. Tal son los hechos con que se encuentra el protagonista al internarse en el África. Lo que allí se evidencia es que la deplorable situación del Congo fue el producto de un engaño político salido del interior de la misma monarquía belga. A medida que avanza en el conocimiento de ese continente, Casement va descubriendo una historia que muestra todo lo monstruoso que existe en ese tipo de esclavitud disfrazada. Es una triste realidad que muchas veces, con excepción hecha del bien conocido Apartheid de Suráfrica, no parece ser muy conocida dentro de la visión contemporánea del trato sufrido por los habitantes de ese continente. Es común que ante los ojos de las personas actuales este tema se limite a denunciar lo que aconteció en América durante los años coloniales. Sin embargo, el modo como fueron y siguen siendo sometidos quienes quedaron en esas calurosas tierras no ha sido menos denigrante que el que tuvieron que soportar los habitantes de las colonias americanas. El pensamiento anacrónico de que se estaba frente a personas en situación de incapacidad mental y que, por lo tanto, tampoco podían dirigir adecuadamente ni sus vidas ni sus gobiernos, se convirtió, una vez más, en una mentira que a fuerza de ser repetida terminó por ser considerada como una verdad. La desvalorización de los africanos implicaba también apoderarse de sus tierras, sus sembradíos, sus escasas pertenencias, arrebatándoles sus riquezas minerales y naturales al mismo tiempo que se atentaba contra los valores culturales y familiares que ellos poseían. No cabe ninguna duda de que se trató de una mentira maquinada por el rey de Bélgica para enriquecerse a sí mismo. El modo paulatino como se fueron violando todos los derechos humanos habla del grado de barbarie y de indignidad al que pueden llegar quienes se sienten dueños absolutos del mundo.

La discriminación racial, los maltratos que soportaron los niños, jóvenes, ancianos, las mujeres, en fin todos los miembros de esas comunidades, son el reflejo de sociedades enfermas por el ansia de poder. Igualmente se está frente a situaciones malsanas donde los compromisos adquiridos eran violados sin ninguna consideración y donde el imperio de la mentira, el engaño y la indiferencia frente al dolor humano habían llegado a ser considerados “normales”. La manera como miles de personas únicamente buscaban sobrevivir mientras otros obtenían jugosas ganancias y posaban de benefactores de la humanidad no deja de irritar a los lectores, sabiendo como bien se sabe, que no hay nada de ficción en lo que allí se relata. A medida que Roger Casement se empapa de la vida que él mismo había elegido va dejando atrás la ingenuidad con que había llegado a esas tierras extrañas y su personalidad, que en los

primeros años de su juventud, había sido si se quiere indiferente frente al dolor de los débiles, va adquiriendo una nobleza espiritual que llega a sorprenderlo. El tema de la corrupción, del silencio cómplice de los demás europeos allí establecidos se convierte en una crítica social que no está limitada a ese tiempo y ese espacio. De allí que quienes se adentran en la lectura de estas páginas dejan su papel de observadores, de espectadores silenciosos para hacer sus propias reflexiones sobre los perjuicios causado por cualquier tipo de imperialismo. Es claro que aún hoy se presentan situaciones deplorables por las que tienen que atravesar los desposeídos. Aunque el tema de las reivindicaciones sociales y la búsqueda de una sociedad dispuesta a ser tolerante se ha convertido en un objetivo común, la realidad demuestra que estas propuestas e ideologías no se han traducido en acciones positivas sino que permanecen siendo sueños que todavía esperan ser concretados. La realidad se impone para denunciar aquella cadena de ignominias cometidas contra los indígenas y los africanos, y que en la actualidad han mudado de ropaje pero que se siguen sucediendo bajo presentaciones diferentes como cuando se considera “justo, adecuado y hasta saludable” que una nación pretenda destruir los sueños de los inmigrantes hispanos, satanizar a los musulmanes o condenar a los pobres a los más altos grados de indigencia. La libertad es un espejismo para aquellos que nacieron dentro de los grupos discriminados. Quienes no pueden acceder a unas condiciones de trabajo decorosas terminan siendo esclavizados por aquellos que únicamente favorecen los intereses de los grandes industriales y las multinacionales.

Los gobernantes latinoamericanos, por ejemplo, mantienen una visión sesgada frente a este tipo de situaciones, habituados a medir el progreso de sus países por el incremento de la presencia de las compañías extranjeras de manera que sus conceptos políticos muchas veces tienen los mismos elementos perversos que se dieron en la Amazonía de la época de la Casa Arana. De un lado está el enriquecimiento sin límites de unos pocos mientras mientras, por otra parte, se encuentra una multitud de seres humanos que solo pueden subsistir gracias al “rebusque”, y que sarcásticamente no son vistos como desempleados por los diversos gobiernos. Igual acontece con los empleadores que obligan a sus subalternos a derivar su sustento de las propinas que les otorgan los clientes o los casos de mujeres forzadas a prostituirse para poder alimentar a sus hijos. Todos estos hechos se presentan como males endémicos en sociedades que creen estar avanzando hacia el progreso porque han conseguido desarrollar toda clase de tecnologías.

Dentro de este panorama desolador y destructivo, se encuentran como elementos necesarios a muchos funcionarios gubernamentales que se dejan seducir por los

imperios monetarios, de tal forma que son incapaces de defender a sus semejantes de abusos, quizás ya no físicos, sino psicológicos y económicos y que forman parte de una realidad que aniquila la dignidad de los seres humanos y que sigue vigente a pesar de que se cree que vivimos en un mundo más democrático. Cuando Vargas Llosa describe los grados de indiferencia de las autoridades peruanas frente a las presiones de la Peruvian Amazon Company, se tiene la sensación de que el tiempo se detuvo entonces y que, infortunadamente, las cosas continúan en el mismo sitio o se han cambiado hacia otros atentados contra el logro de la verdadera independencia. Esa que no se construye en un momento de efervescencia, sino que es el producto de un compromiso profundo con los cambios políticos y sociales que necesitan nuestras naciones y que todavía están muy lejos de llegar a concretarse. Si se hace un análisis detenido de los hechos que se relatan, se evidencia que las formas corruptas y cómplices como se permitía que se persiguiera y hasta arrasara con aquellos que se atrevían a denunciar cualquier arbitrariedad cometida por los representantes de la Casa Arana, no está muy distante del modo como se ha seguido atentando contra la libertad de expresión. Tanto los indígenas como los hombres de bien fueron sometidos a intimidaciones que se caracterizaban por violar, sin ningún asomo de remordimiento, todos y cada uno de los Derechos Humanos. Repugnantes, por decir lo menos, son los hechos de que fueron víctimas personas probas y valientes como el periodista Saldaña Roca o el honrado juez Carlos A. Valcárcel. Sin embargo, hay que reconocer que aunque han pasado algo más de 100 años desde que se sucedieron los acontecimientos relatados, han sido muchos los comunicadores sociales perseguidos e incluso asesinados por parte de aquellos que sienten que sus testimonios resultan inconvenientes para sus desmedidas ambiciones. La impunidad impera en estos casos mientras las víctimas esperan inútilmente que se haga justicia. Las constantes provocaciones y amenazas contra aquellos que cumplen su deber con integridad moral y valentía ha sido una de las prácticas más frecuentes a nivel mundial. Una vez más los gobiernos se vuelven indiferentes y sobornables cuando se trata de castigar estos crímenes contra hombres y mujeres que defienden la dignidad de los pueblos.

Dentro de las descripciones de la vida en la selva existe un elemento que infortunadamente no ha sido superado en pleno siglo XXI: la desidia de los gobiernos latinoamericanos frente a los habitantes de esas latitudes. El abandono, la carencia de servicios básicos, las deficiencias en los temas de infraestructura, la poca presencia de toda clase de autoridades, sigue siendo un problema puntual que parecería no tener solución. O sea, es frecuente que existan diversas regiones de nuestro continente donde el interés de los políticos se limita exclusivamente a conseguir los votos en época electoral. De manera similar los funcionarios públicos que son destinados a

esos rincones reciben estas designaciones como si se tratara de una especie de purgatorio donde deben permanecer, mientras buscan la forma de lucrarse de los sobornos de las grandes compañías que operan en la región y desentenderse de todo lo demás. Una historia que sigue repitiéndose... Todas estas circunstancias, como es entendible, multiplican la corrupción y atacan cada vez contra el derecho que tienen los nativos del lugar de poder llevar una vida decorosa.

En cuanto al tema del Levantamiento de Pascua, ese momento crucial en la historia reciente de Irlanda motiva una serie de reflexiones alrededor de los ideales no concretados. Ese sueño común de personalidades como Pearse y Connolly, llevó a que Inglaterra cometiera una serie de acciones bárbaras y que se tornara aún más represiva de lo que hasta entonces había sido. Los recuerdos de esos aciagos días forman parte de los mayores atropellos políticos de la historia del siglo XX. La poesía de Yeats se manifiesta con fuerza y deja un testimonio emotivo de lo que allí ocurrió y de cómo se truncaron los sueños libertarios de una nación. Escribe: *“¿Fue su muerte inútil después de todo?/ Pues Inglaterra puede conservar la fe/ en todo lo que se hace y se dice./ Sabemos cuál fue el sueño de ellos; basta/ saber que soñaron y están muertos./ ¿ Y qué si un exceso de amor / los confundió hasta matarlos?”*(4) Aunque el poeta no menciona a Casement es claro que este celta soñador está presente en su poesía. Lo que resulta irónico dentro de este proceso es que los rebeldes fueron juzgados por traición a la patria. Absurda acusación cuando el ideal que esgrimían era el darle una autonomía a su país. En realidad pocos individuos, en la historia de la humanidad, se han mantenido tan fieles a su tierra como ellos. Pero las mentiras de los dominadores suelen ser así, es más, en el caso descrito en la novela a estas interpretaciones acomodaticias se suman al desprestigio que se pretende realizar a través de la difusión de los diarios del protagonista, que como bien dice Vargas Llosa en su epílogo, poco importa su veracidad. Lo que realmente vale la pena recordar es que su sacrificio fue un ejemplo que debe permanecer en la memoria de aquellos que quieren construir una sociedad más justa. Es así como el tema de la supuesta homosexualidad del personaje central, es abordado por el novelista de manera directa, franca y absolutamente respetuosa. Lo que se narra al respecto lleva al lector a entender de qué manera tan innoble pueden ser agredidos aquellos que tienen preferencias sexuales por personas del mismo sexo. Se trata, pues, de un testimonio que habla sobre la intolerancia, las conductas homofóbicas y la utilización perversa de hechos que pertenecen a la intimidad de las personas para destruir individuos y conseguir condenas sociales. En últimas es un recurso usado para “acabar” con aquellos que por sus ideales políticos incomodaban al Imperio británico. Es un comportamiento cobarde destinado a arruinar moralmente a sus supuestos

“enemigos” para así justificar sus crímenes más aberrantes. De esta manera, una vez más, se violan los derechos de los seres humanos y se ataca cualquier conducta que no esté acorde con lo establecido. En realidad lo que acá se presenta es otro tipo de discriminación tan reprobable como la que efectúa sobre determinados grupos raciales o contra las mujeres y los desposeídos.

En el mundo celta el aspecto religioso tiene una importancia especial en el desarrollo de la vida social. De allí que las preocupaciones de Roger Casement sobre su propia espiritualidad sean algo común entre sus compatriotas. La lucha por el poder tiene este elemento como ingrediente principal. Del mismo modo, la rebeldía está relacionada principalmente con el catolicismo. Oscar Wilde, por ejemplo, deseó por mucho tiempo adentrarse en el estudio de esta religión. Leyó con detenimiento a varios teólogos y buscó una entrevista con el Papa, con quien intercambió reflexiones alrededor de la figura de Cristo y de la cultura de Occidente, especialmente en lo concerniente al arte religioso y a la estética cristiana. James Joyce, por su parte, bautizado católico y educado por los jesuitas, se mostraba agnóstico aunque nunca se apartó del todo de sus orígenes religiosos. Swift, paralelamente a la literatura, se desempeñó como clérigo. En la novela que nos ocupa Casement también manifestó estas inquietudes religiosas formando parte integral de su deseo de combatir todo aquello que representara a los invasores ingleses. Durante los años que estuvo en misión diplomática varias veces se acercó a sacerdotes de distintas congregaciones como los franciscanos, los dominicos y los jesuitas con el fin de conseguir información sobre los maltratos sufridos por los nativos y también para tratar de mitigar el dolor de los débiles. En realidad este personaje buscaba, tal vez sin reconocerlo plenamente, poner en práctica las antiguas enseñanzas de Jesús. Por un lado, creía firmemente en la necesidad imperiosa de proteger a aquellos que eran perseguidos y sometidos por la fuerza a los intereses de las multinacionales, y por otra parte, al igual que el hijo de Nazaret, combatía cualquier signo de imperialismo. Por supuesto que el celta soñador no quería ser ni era un santo, pero sí un hombre convencido de sus compromisos con las diferentes sociedades en que estuvo viviendo. Su espíritu cristiano, tan cercano a la Iglesia de las catatumbas, lo llevó a considerar su “conversión” al catolicismo, aunque en realidad era, como se lo dijo en Padre Carey, un “Reincorporado católico”. Ahora bien, retomando la historia de la Pascua de 1916 es bueno recordar que Pearse, por su parte, se acercó especialmente a la poesía mística. En esa atmósfera la relación de rebeldía entre el catolicismo y el nacionalismo no deja de inquietar a todos estos intelectuales irlandeses. Es claro que la gran mayoría de esos patriotas buscaban así volver a los orígenes, esas formas francas y casi elementales de dirigirse a Dios y de explicar los misterios del mundo

utilizando los mismos ejemplos sencillos que usó San Patricio, pero sin olvidar el espíritu sabio de los druidas capaces de identificarse con la naturaleza mientras recorrían los bosques. Los siguientes versos de Pearse, titulados “*El Caminante*” son ilustrativos del sentido que los antiguos celtas le dan a esa cosmovisión: “*La belleza del mundo me ha entristecido,/ esta belleza que pasará;/ a veces mi corazón se ha sacudido con gran alegría/ al ver a una ardilla saltar en un árbol, / o una mariquita roja sobre un tallo, / o los pequeños conejos en un campo al atardecer,/ iluminado por un sol inclinado, / o alguna colina verde donde las sombras se amontonan / alguna colina tranquila donde el hombre de la montaña ha sembrado / y pronto cosecharía; cerca de la puerta del cielo(...)*”(5) El ser capaz de hermanarse con las cosas sencillas que nos ofrece la vida, contemplar las pequeñas maravillas que nos ofrece la naturaleza, gozar de los días calmos que se viven a la vera de los caminos , es un privilegio que acerca a los seres humanos a la concepción de la eternidad. A lo largo de la novela son varios los momentos en que el escritor nos lleva a través de descripciones llenas de imágenes donde el esplendor de la fauna y de la flora y los juegos cromáticos de la luz solar acercan a los lectores a la concepción de un universo que invita a la paz y a la tranquilidad espiritual. La exuberancia del medio en que se desarrollaba el comercio del caucho también representaba un desafío para quienes vivían en esos lugares apartados del mundo. Aunque es cierto que en algunos pasajes de la obra “*El sueño del celta*” tiene algo de similitud con las novelas telúricas de las primeras décadas del siglo XX, tal como sucedió con “*La Vorágine*” de José Eustasio Rivera y que en la narración del peruano esta manifestación de la manigua como ente que se apropia de todo está presente, también es verdad que el elogio del paisaje de selva tropical parece ser aún más fuerte que la destrucción provocada por ella.

Desde el punto de vista del lenguaje narrativo “*El sueño del celta*” es fiel a las propuestas estéticas de la novela clásica. Aunque en ella suelen haber varios saltos cronológicos, en términos generales, se mantiene una estructura lineal. La presencia de un narrador omnisciente lleva al lector a través de un relato altamente verosímil. Es posible pensar que el novelista acude a algunos de los recursos formales propios de las crónicas periodísticas y de la más rigurosa investigación histórica. De otro lado, está claro que Vargas Llosa buscó deliberadamente prescindir de todo barroquismo y de cualquier malabar lingüístico. Su intención de combatir, por medio de la palabra, cualquier actitud destructiva producto de conductas imperialistas es clara y está sustentada en la objetividad con que ha sido planteado. La crítica a sociedades despóticas y totalitarias, que niegan la posibilidad de desarrollo integral a sus miembros, se encuentra apoyada en los datos históricos a los que se recurre y a la manera cómo estos se vuelven un instrumento de análisis de la vida del siglo XX para

las generaciones futuras. Vargas Llosa consigue un equilibrio entre la forma y el contenido, pues todo lo que sucede es narrado sin estridencias, con elegancia estilística y con una sinceridad que habla de su compromiso con la literatura y con la verdad. Hay que decir, además, que este género narrativo, el de la novela histórica, adquiere en este escrito una fuerza vital que lo rescata de un cierto desuso en que se encontró durante la segunda mitad del siglo XX. Sus denuncias carecen totalmente de un tono panfletario o propagandístico, lo que permite que el lector llegue a sus propias conclusiones y asuma una actitud reflexiva y de denuncia frente a lo que allí es narrado. Igualmente exalta la importancia de soñar, de soñar mucho y decididamente puesto que ésta es la única forma posible de contribuir a que el mundo sea un mejor lugar donde todos tengamos los mismos derechos y donde verdaderamente se respeten las diferencias. Una novela que abre la puerta a nuevas formas de enfrentar la realidad y que está en concordancia total con lo que el mismo autor dice: “*Seríamos peores de lo que somos sin los buenos libros que leímos, más conformistas, menos inquietos e insumisos y el espíritu crítico, motor del progreso, ni siquiera existiría. Igual que escribir, leer es protestar contra las insuficiencias de la vida.*”(6)

Bogotá, enero de 2011.

Citas

- 1.- Vargas Llosa, Mario.- *Discurso de Mario Vargas Llosa con ocasión de recibir el Nobel “Elogio a la Lectura y la Ficción”*- © FUNDACIÓN NOBEL 2010.- 7 de diciembre de 2010. Estocolmo, Suecia.
- 2.- Proclamación de la República Irlandesa (24/04/1916). Publicado el abril 13, 2009 por Innisfree1916. <http://innisfree1916.wordpress.com/>
- 3.- Vargas Llosa, Mario.- *El Sueño del Celta*.- Editorial Alfaguara.- Primera Edición. Págs. 239 y 241.- Bogotá.- 2010.

4.- Yeats, William Butler.- *Poesía Escogida*- Traducción de Nicolás Suescún.- El Ancora Editores.- Primera Edición . Pág. 45.- Bogotá .-1996.

5.-Pearse, Patrick.-The Wayfarrer.- Publicado el febrero 11, 2008 por innisfree1916
<http://innisfree1916.wordpress.com/>

6.- Vargas Llosa, Mario.- *Discurso de Mario Vargas Llosa con ocasión de recibir el Nobel “Elogio a la Lectura y la Ficción”*- © FUNDACIÓN NOBEL 2010.- 7 de diciembre de 2010. Estocolmo, Suecia.